

## **BERNARDO DEL CARPIO, UN HÉROE DE LA ÉPICA MEDIEVAL EN LA TRADICIÓN DE LOS GITANOS DEL NORTE PENINSULAR**

**BERNARDO DEL CARPIO, A HEROE OF MEDIEVAL EPIC  
IN THE GIPSY TRADITION IN NOTHERN SPAIN**

por

Javier Asensio García\*

### **Resumen**

En el siglo XII nació en España una leyenda épica sobre Bernardo del Carpio, un personaje que supuestamente vivió en los albores del reino leonés. La leyenda se engrandeció en la Edad Media como una réplica nacionalista frente al vigor de la epopeya francesa de Carlomagno y Roldán. Los cantares que narraban las hazañas de Bernardo del Carpio llegaron a labios del pueblo, que fue trasmitiéndolos de generación en generación.

Los gitanos, que llegaron a España en el siglo XV, se identificaron con este personaje y han mantenido hasta nuestros días relatos y romances que hablan de las aventuras de Bernardo. Mientras los payos hemos perdido la tradición sobre los hechos de Bernardo del Carpio, los gitanos la han conservado muy viva, hasta el punto de añadir a los relatos originarios motivos folklóricos provenientes de la cuentística, como ese remate final de la tradición calé del norte peninsular que cuenta que Bernardo no está muerto: se halla “encantado” en una cueva de los llanos de Calahorra, esperando el día que España se pierda “para salir de nuevo a salvarla”.

**Palabras clave:** Folklore gitano; Épica medieval; Cuentos; Bernardo del Carpio; Tradición oral.

### **Abstract**

In the XII century an epic legend about Bernardo del Carpio was created; he supposedly lived at the start of the Kingdom of León. This legend was magnified in the Middle Ages as a nationalist reply to the vitality of the French epic poem of Charlemagne and Roldand (The Song of Roland). The epic poems which celebrated the deeds of Bernardo del Carpio were known by the common people, who transmitted them from generation to generation.

\* Recopilador de la tradición oral y el folklore de La Rioja y de la cultura gitana. Amigos de la Historia de Calahorra. E-mail: faramir@ono.com

The gipsy, who arrived in Spain in the XV century, identified themselves with this character and they saved ballads and stories concerning Bernardo's adventures. Whereas the non-gipsy people have lost the tradition about Bernardo's deeds, gipsy people have maintained a live tradition to such an extent that they have added folk motifs from the folk tales tradition to the original epic poems; an example of this can be found in the final conclusion of the gipsy tradition, in Northern Spain, that relates that Bernardo is not dead: he can be found "enchanted" in a cave on the plains of Calahorra, awaiting the day when Spain is ruined, "so that he can rescue it again".

**Key words:** Gipsy folklore; Medieval epic; Oral tradition; Folk tales; Bernardo del Carpio.

## Introducción

El conocimiento que se tiene sobre la cultura oral y tradicional de los gitanos españoles es limitado y muy descompensado. Así como el flamenco se ha explotado hasta el límite, otros aspectos de su cultura inmaterial apenas son conocidos por la sociedad paya y muchos se van diluyendo con el paso del tiempo. Así ocurre con el romancero, que ha sido objeto de valiosos estudios recopilatorios y que ha aportado interesantes textos guardados en la memoria de algunos gitanos. Sobre la cuentística apenas se han hecho trabajos, ni se ha profundizado en el interminable rosario de géneros menores como las leyendas, adivinancero, conjuros, supersticiones, maldiciones, refranes, etcétera.

En este caso traemos a colación un relato a medio camino entre la épica, el cuento y el romancero. Cuenta la vida de un héroe de la épica medieval hispana, Bernardo del Carpio, pero antes de entrar en el meollo del asunto hemos de introducir algunos antecedentes para comprender por qué el relato todavía circula entre algunos gitanos de más edad. En primer lugar conviene hablar sobre la historia del pueblo gitano que, desde sus orígenes en el norte de la India hasta llegar a España, fue atravesando gran parte de Europa. A finales del siglo XIV y principios del XV se les ve desplazarse de este a oeste. Aparecen por primera vez en Rumania en 1385, en Alemania en 1417, al año siguiente en Suiza, y sucesivamente en Francia (1419), Holanda (1420) e Italia (1422).

A España llegan en enero de 1425. Alfonso V recibe en Zaragoza a "Juan de Egipto Menor" y ordena a las autoridades de la Corona de Aragón no pongan impedimento a su tránsito de tres meses por el reino. En todos los países se presentaban en clanes de decenas de personas dirigidos por un autoproclamado *conde* o *duque* y siempre como cristianos arrepentidos, penitentes que vagaban para purgar un pecado que confesaban haber cometido: durante su estancia en las

tierras de Egipto Menor (aproximadamente lo que ahora son los países de Siria y Líbano) habían abandonado su fe cristiana cuando esta tierra cayó en poder del Turco. Arrepentidos de esta apostasía por conveniencia, habían decidido purificarse vagando por los países de Europa, llegando hasta Roma para pedir perdón al Papa.

Se trataba de una gran mentira, una mentira piadosa que les abrió el corazón y las puertas de los países de la Europa cristiana. El Papa concedió a varios *condes* y *duques* salvoconductos para que circularan libremente y penasen sus pecados. Otros mandatarios, incluido el emperador de Hungría, expedían visados que les permitían vagar durante siete o más años. En España fueron los reyes de Castilla, de Navarra y de Aragón, también los obispos, quienes expedían la documentación. Muchos entraron como peregrinos a Compostela y durante los primeros años de citas documentales los vemos vagar por el Norte de España, algunos recorriendo las ciudades jacobeanas del camino del Ebro hacia Santiago. Tal fue el caso de “Juan de Egipto Menor” que con un documento del Rey Juan II de Aragón otorgado para peregrinar a Compostela y otros lugares santos, se le ve en Zaragoza, Logroño y Burgos entre los años 1474 y 1475.

El 23 de mayo de 1460, los concejales de Igualada (Barcelona) expiden un salvoconducto al conde Jaime en su peregrinación a Compostela:

“lo egregi comte en Jacme, crestià e catholic verdader del Menor Egipt, ab cert nombre de homens e donas e moltes criatures anant a caminat en romeria del glorios Sant Jacme de Gallicia e altres santuaris”.<sup>1</sup>

Prosiguen los salvoconductos reales en Daroca (Zaragoza) el 4 de marzo de 1460 para “Jacques de Egipto Menor”, quien llega días después a Tarazona acompañado de cien personas, seguramente de camino hacia Compostela.<sup>2</sup>

Los salvoconductos de reyes y obispos incluían “perdones a todos los que les fiziessen limosnas”, tanto es así que en el año 1462 los *condes* Tomás y Martín se presentaron en Jaén ante el condestable Miguel Lucas de Iranzo, “con hasta cien personas entre hombres, mujeres y niños, sus naturales y vasallos”. Estuvieron con él cerca de veinte días en los que no les faltó pan, vino, carne, aves, pescados, frutas, paja y cebada

“... i al tiempo que se quisieron partir, mandóles dar de su cámara muchas sedas i paños, de que vistiesen, i buena copia de enriques para su camino. E salió con ellos

1. MENDEZ LÓPEZ, C. La presencia de la iglesia católica en la historia de los gitanos, p. 2-3.

2. Ibidem.

quanto media legua fuera de la dicha cibdad de Jahén, por manera que los dichos condes partieron del muy contentos y pagados, loándose i maravillados mucho de su grant liberalidad i franqueza”.<sup>3</sup>

Una de las primeras referencias de gitanos asentados la hallamos en la villa riojana de Herce. Entre la documentación relacionada con un monasterio de monjas bernardas figura la cita del año 1475 de un tal “Juan de Suana y sus hermanos calís”, siendo Suana el nombre de un barrio de esa villa. No es nada extraño que Juan y su familia aprovecharan la compleja estructura social de la villa para establecerse. Allí convivían judíos y mudéjares convencidos de su fe, cristianos nuevos –es decir, judíos y moriscos conversos–, cristianos viejos del estado hidalgo, cristianos plebeyos, nobles del más alto rango y las monjas del poderoso monasterio cisterciense. Junto a la feraz huerta del río Cidacos no faltaban oficios manuales ni mercados de caballerías, un buen lugar para tomar asiento y convivir razonablemente con los demás grupos sociales.<sup>4</sup>

Si las noticias de gitanos en España durante el siglo XV se localizan en el norte de la península, a partir del XVI se les ve dispersos por toda España. El paso del tiempo los llevó, en unas ocasiones por necesidad, en otras por castigos de la justicia, a la gran casa de Andalucía, región cosmopolita que aglutina en la actualidad la mayor densidad de población calé.

Tras los primeros años de atracción por una tribu de exóticos vestidos, de piel oscura –calé o calí en su lengua equivale a negro–, de pobres cristianos que debían ser socorridos, de mujeres que adivinaban el futuro a través de las rayas de las manos, que lucían pendientes y cantaban y bailaban de maravilla, la población española comienza a ver una realidad incómoda: las limosnas no les eran suficientes y se producían robos de alimentos allí por donde pasaban. Los prelados desconfiaban de unos extraños cristianos que rara vez aparecían por las iglesias. En este contexto, los Reyes Católicos dan un vuelco en el trato a la población calé, al promulgar la pragmática de cuatro de octubre de 1499 que dice textualmente:

“Mandamos a los egipcianos que andan vagando por nuestros reinos y señoríos con sus mujeres e hijos, que del día que esta ley fuera notificada y pregonada en nuestra corte, y en las villas, lugares y ciudades que son cabeza de partido hasta sesenta días siguientes, cada uno de ellos viva por oficios conocidos, que mejor

3. SANCHEZ ORTEGA, M.H. Los gitanos españoles desde su salida de la India hasta los primeros conflictos en la península, p. 330.

4. PÉREZ CARAZO, P. *Santa María de Herce y su abadengo en la edad media*, p. 566.

supieran aprovecharse, estando atada en lugares donde acordasen asentar o tomar vivienda de señores a quien sirvan, y los den lo que hubiese menester y no anden más juntos vagando por nuestros reinos como lo facen, o dentro de otros sesenta días primeros siguientes, salgan de nuestros reinos y no vuelvan a ellos en manera alguna, so pena de que si en ellos fueren hallados o tomados sin oficios o sin señores juntos, pasados los dichos días, que den a cada uno cien azotes por la primera vez, y los destierren perpetuamente destos reinos; y por la segunda vez, que les corten las orejas, y estén sesenta días en las cadenas, y los tornen a desterrar, como dicho es, y por la tercera vez, que sean cautivos de los que los tomasen por toda la vida”.

Durísimas palabras que aún resuenan como un eco en la memoria colectiva gitana. Siglos después de ser expedida, muchos conocen los detalles de esta pragmática que, lejos de conseguir el fin de asentar a la población, fue el comienzo del fugitivismo, la desconfianza y la lucha por la supervivencia en un medio hostil. La gran persecución contra el pueblo gitano ocurrió entre los años 1749 y 1775, en lo que se llamó *La gran redada* o *Prisión general de los gitanos*, decretada durante el reinado de Fernando VI por el Marqués de la Ensenada que llevó a prisión, a las minas de mercurio de Almadén, a las galeras reales de El Puerto de Santa María y al servicio militar obligatorio en América a casi toda la población gitana del país.

Las medidas de fuerza nunca sirvieron de mucho con la población calé. Esto lo entendió muy bien el rey ilustrado Carlos III que, subido al carro de las nuevas corrientes humanistas del siglo de las luces, dispuso una nueva pragmática que supuso un giro radical en los derechos de la población gitana. Muy poco después de *La gran redada*, la rueda de la fortuna giró ciento ochenta grados para la población gitana y la pragmática de 1783 dispuso que a los gitanos había que dejar de tratarlos como delincuentes; que eran, como el resto de la población, ciudadanos del reino y españoles de condición, por lo tanto convenía desterrar el uso de la peyorativa palabra gitano en favor de *castellano nuevo*; tenían los mismos derechos y deberes que el resto de la población; los niños debían escolarizarse desde los cuatro años; eran libres de fijar su residencia en cualquier lugar; podían trabajar en el oficio que eligiesen, siendo castigados los gremios que impidiesen su entrada; y tenían derecho a asilo y atención médica. Los deberes que imponía esta norma progresista exigían que abandonasen su forma de vestir, que no usaran su lengua en público y, una vez más —esto ha sido constante en la normativa sobre la población calé—, que abandonasen la vida errante.

## El gusto por la épica

Cuando los gitanos llegaron a España se encontraron que el pueblo llano cantaba romances de los viejos héroes medievales, del Cid, Roldán, Carlomagno, los Doce Pares de Francia, Bernardo del Carpio y otros más. En el siglo XVII se escenificaban las hazañas de estos hombres valerosos en los corrales de comedias y plazas de media España y, sin duda, el pueblo gitano se quedó cautivado por estas historias.

El regusto por la épica lo han conservado hasta nuestros días. Ello ha sido debido, en parte, a que el pueblo gitano, amante de la libertad porque apenas ha gozado de ella, veía en las luchas de los héroes un reflejo de sus propias añoranzas. Sobrevivir entre contrarios, como ellos han visto a los payos, ha sido cosa de valientes y en todas las familias gitanas se guarda el recuerdo de algún antepasado célebre por sus valentías, algunas reales –peleas, bravuras, habilidades en el manejo de las armas, fugas de manos de la guardia civil–, y otras inventadas, fabulaciones que el paso del tiempo va engrandeciendo. Por otra parte, los valores internos de la comunidad gitana como el honor y la venganza de la sangre tenían su espejo en todos esos cantares que conocieron desde su llegada a España.

El género épico medieval siguió cultivándose. Desde el siglo XVI hasta prácticamente el XX, los héroes medievales han sido protagonistas de obras poéticas, novelas y dramas. Así que el pueblo gitano siguió en contacto con todas las historias que durante estos siglos compuso la pluma de nuestros escritores. Pero los calés, mayoritariamente analfabetos, las recibían por transmisión oral y las transmitían a sus hijos por este mismo medio. En los relatos sobre Bernardo del Carpio que aún hoy en día se escuchan de labios gitanos, se deja sentir la huella clara de los versos que Lope de Vega compuso para ensalzar la figura de un héroe cuyas primeras referencias literarias datan del siglo XII, revitalizadas en el XVII por el *Fénix de los Ingenios* en dos obras teatrales que tuvieron amplia difusión: *Las mocedades de Bernardo* y *El casamiento en la muerte*. Con el paso del tiempo, la memoria oral de la población paya, que cantó durante siglos las hazañas de éste y otros héroes, terminó por olvidar las aventuras de Bernardo. Por el contrario, muchos gitanos han conservado fresco su recuerdo en relatos que incluyen versos en metro romance. Paradójicamente, mientras los payos hemos perdido la tradición oral sobre Bernardo, los gitanos nos traen noticias de un héroe que vivió varios siglos antes de que ellos llegaran a España. Esta es una de las sorpresas que nos depara la tradición oral. Pero no es la única.

Al hablar de tradición oral, la historia de Bernardo del Carpio se ha conservado viva en el más puro sentido de la palabra: en variantes que modifican el texto

originario y con aportaciones folklóricas provenientes del mundo del cuento y de la leyenda, aportaciones que renuevan la narración y convierten a nuestro héroe en un ser mitológico, muy cercano a los semidioses de la antigüedad.

Tanto es así que algunos relatos gitanos son elaboradísimos productos de la tradición, no solo desde el punto del análisis filológico, sino, sobre todo, en el disfrute que supone escuchar a los actuales narradores unas aventuras que rayan lo maravilloso, con una expresividad tan inusual como la que poseen algunos cuentistas de esta etnia.

El arte narrativo lo han cultivado durante siglos. Su inteligencia, memoria y dramatismo interpretativo los han desarrollado en la soledad del campo, en medio de la nada donde instalaban sus campamentos y en las corralizas donde se refugiaban o eran alojados por los dueños a los que servían como temporeros. Carros, cortijos, bordas, corrales, tenadas. Estos eran los lugares donde, a la luz de la hoguera y con unas patatas o castañas asadas, pasaban largas horas de la noche contando historias de héroes y cuentos del más puro reino de la fantasía. Y no sólo contando, también haciendo “comedias”, es decir, representando la narración en un escenario sencillo cuyo atrezzo era suplido con sencillez de medios y grandes dosis de imaginación.

Las versiones andaluzas que conocemos del relato de Bernardo suelen ser más cortas que las norteñas pero van acompañadas de un mayor número de pasajes en verso, versos que en la voz de los cantaores destilan el más puro arte flamenco. Varios intérpretes de este género como *El Negro* de El Puerto de Santa María y Juan Peña *El Lebrijano*, han grabado en discos los viejos versos que sobre la vida de Bernardo del Carpio circulan en la memoria de sus respectivas familias.

La tradición del Norte peninsular era hasta ahora desconocida. Una vez metidos en ella nos ha sorprendido la extensión de los relatos y, como hemos avanzado, la incorporación de motivos que provienen del mundo del cuento y de la leyenda. Entre los gitanos de Burgos, Navarra, La Rioja, Aragón y Cataluña circula la siguiente narración que, con variantes, podemos recomponer en una versión facticia. Las familias de las que procede el relato, esencialmente los Jiménez y Gabarri, asentados en La Rioja desde hace generaciones; y, sobre todo, los Amador de Navarra, con antepasados en Zaragoza, Teruel, Lérida y Murcia, mantienen un final común: Bernardo, por castigo divino, quedó encantado en los “llanos de Calahorra”, oculto en una cueva de la que saldrá “cuando España se pierda y tenga que salvarla de nuevo”. Este es uno de los añadidos legendarios, cuasi mitológicos, que han engrandecido el relato original. Junto a éste, otros viejísimos motivos folklóricos acompañan el remate de la narración: la espada que hace brotar un manantial; el

primer rayo de sol de la mañana de San Juan que entra por una cueva alargada es capaz de desencantar a nuestro héroe; la pelea imposible con una banda de mosquitos; y las maldiciones que caen sobre el hombre destinado a salvar a nuestro héroe, seducido e inmovilizado por la fuerza de una música de origen sobrenatural.

Uno de los pasajes más antiguos del relato de Bernardo es el del encuentro que tiene éste con su padre en la mazmorra del castillo donde está encerrado. El padre, atado a unas cadenas, oye que alguien entra por la puerta, se gira e intuye que se trata de su propio hijo:

–Solo tengo un Bernardito      que me cuentan sus hazañas  
si para mí no las tienes      dime para quién las guardas–.

Estos versos, que ya circulaban en los romances de la Edad Media, son el elemento común más reconocible en la mayoría de relatos y romances que rondan entre los gitanos españoles. Muchos calés conocen estos versos, solo estos dos, circulando entre ellos como un chascarrillo fuera de todo contexto narrativo. Cuando se les pregunta por Bernardo es muy probable que te contesten: “Ese hombre debió ser muy valiente” y algunos no saben distinguir si fue un héroe payo o uno de tantos gitanos valentones que vencieron en cien reyertas.

Aprovecho la ocasión para animar al lector que tenga la oportunidad de relacionarse con algún gitano de edad que empiece una conversación con los versos mencionados:

–Solo tengo un Bernardito      que me cuentan sus hazañas  
si para mí no las tienes      dime para quién las guardas–.

Será un buen motivo para romper la distancia que, pese a los siglos de coexistencia y los profundos cambios que están viviendo los miembros de esta etnia, todavía se mantiene, ya sin razón de ser, como una barrera entre las dos culturas.

## **Bernardo del Carpio**

En la capital llamada Sevilla  
donde el rey ocupaba su silla.  
El mal se vaya y el bien se venga  
y la comida de mañana que no se detenga  
que grama, cerrillo y lastón  
son buen punto pa mi sermón

y el zapato, bueno o malo,  
es mejor pal pie que no pa la mano.

Reinaba Alfonso el Casto en León y tenía una hermana, la infanta doña Jimena, muy guapa. Grandes hombres la pretendían, entre ellos los condes de Honrubia y de Saldaña. Entre los dos se retaron a ver quién conseguía conquistar a la infanta. Lo echaron a suertes y le tocó primero al conde de Honrubia. Se presentó en su jardín con un ramo de flores, vestido muy elegante porque era el conde más adinerado del reino y, convencido, le dijo a doña Jimena:

–Buenas tardes, alteza.

–Buenas tardes, conde de Honrubia, ¿qué te trae por aquí?

–Tome este ramo de flores porque vengo con la intención de casarme con su alteza.

–De eso nada. Ya te puedes ir por donde has venido.

Y así lo hizo, pero no le dijo nada al conde de Saldaña, hasta que un día éste le preguntó:

–Oye, me dijiste que ibas a pedirle palabra de casamiento a la hermana del rey. ¿Qué pasó por fin?

–Pues me dijo que no.

–Pues entonces me toca intentarlo a mí.

–¡Sí, como que lo vas a conseguir! Si a mí, que soy el hombre más rico del reino, me ha dicho que no, eso es que la infanta quiere quedarse soltera.

Pero el conde de Saldaña echó a andar, fue cogiendo rosas por el camino y cuando llegó al jardín de la infanta se las ofreció:

–Tome estas flores, alteza.

–Muchas gracias, conde, ¿cómo vos por aquí?

–Pues, nada, que vengo a pedirle la palabra de casamiento.

Y ella le dijo que sí. Al tiempo, cuando se encontraron los dos condes, el de Honrubia le preguntó al otro:

–¿Qué tal te ha ido, conde de Saldaña?

–Muy bien me ha ido porque voy a casarme con ella.

Desde entonces el de Honrubia se llenó de odio. Sobornó a la criada de doña Jimena para que le contase todos los chismes de su dueña.

Vengan días y pasan días hasta que una noche el conde de Saldaña entró por una puerta falsa del palacio y subió hasta la habitación de doña Jimena. Estuvieron juntos toda la noche. A la mañana siguiente, la infanta se lo confesó todo a su criada, la espía del conde de Honrubia.

–¡Ay, doncella!

–¿Qué le pasa a mi ama?

–Pues que me he acostado con el conde de Saldaña, espero que no se entere mi padre.

–¡Hola! ¡Quién como usted! ¡Con el gran conde de Saldaña!

Poco tardó en ir a contárselo todo al conde de Honrubia:

–Doña Jimena ha estado toda la noche con el conde de Saldaña.

–Muchas gracias por lo que me acabas de contar. Toma cien pesos. Otros tantos te daré cada vez que me cuentes lo que sucede entre ambos.

Al poco tiempo, la infanta estaba embarazada y se lo contó a su criada:

–¡Ay, doncella! Ya te acordarás la noche que estuve con el conde, pues me he quedado encinta.

–¡Vaya, vaya! ¡Quién como usted! ¡Embarazada del gran conde de Saldaña!

Volvió donde el conde de Honrubia a contárselo todo:

–La infanta se ha quedado preñada.

–Toma otros cien pesos. Y cien pesos doblados te daré el día que me avises que va a dar a luz.

Al llegar los nueve meses, la infanta se pone de parto. Llamaron a los médicos sin que se enterara el rey. Al conde de Saldaña le dijeron:

–Ven a por tu hijo en oculto para que te encargues de criarlo y no se entere el rey.

Por la parte de atrás del palacio estaba el de Saldaña aguardando le trajeran al niño. Pero, mientras, la traidora de la criada, por doscientos pesos, fue a contárselo al conde de Honrubia.

–Conde Honrubia, dame los cien pesos doblados porque la infanta está dando a luz.

Éste no tardó en ir donde el rey:

–Majestad –le dijo–, ¿qué haría usted con el conde de Saldaña si yo le contara que le ha hecho mal a su hermana doña Jimena?

–¡Ay, conde de Honrubia, qué rabia le tienes al de Saldaña porque no vas a ser tú quien se case con ella!

–Olvídese de mi rencor y dígame qué le haría.

–Pues escucha bien lo que voy a decirte. Si lo que me cuentas del conde de Saldaña es motivo para que yo lo maldiga, como sea mentira, todo el peso de la maldición caerá sobre tus espaldas.

–Pues, mire, en estos momentos su hermana está dando a luz a un hijo que le ha hecho el conde de Saldaña.

—¡Qué!

—Como lo oye.

Se subieron a los caballos y fueron corriendo al palacio. Llegaron justo en el momento en que le estaban entregando el niño a su padre. Entonces el rey le dijo:

—Conde de Saldaña, ¿qué te ha traído a venir a las traseras del jardín de mi hija?

El conde de Saldaña enmudeció. No sabía qué mentira contarle al rey. En ese momento, el niño habló:

—Mi padre, ni su propia sangre sabe tapar.

Entonces el rey le dijo:

—Sigue callado, conde de Saldaña, es lo mejor que puedes hacer. Pero ahora dale el niño que tienes en tus brazos al conde de Honrubia.

Ahora sí que habló el de Saldaña, mientras le entregaba el niño, le dijo:

—No siento más que le entrego sangre de mis propias venas al mayor enemigo que tengo en este mundo —ya se había dado cuenta que había sido el de Honrubia quien lo había descubierto—.

El rey le dijo:

—Conde de Saldaña, mañana te espero en mi palacio, que quiero hablar contigo.

Al niño se lo llevaron, lo bautizaron y le pusieron de nombre Bernardo.

El conde de Saldaña no sabía qué hacer. En medio de las dudas se decidió:

—Tengo que ir a hablar con el rey como sea. Lo que he hecho con su hermana es algo natural y puedo casarme con ella y hacerme cargo de todo.

—¿Puedo pasar? —preguntó educadamente antes de entrar en la habitación del rey—.

—Te estaba esperando.

El rey le entregó una carta que tenía en sus manos:

—Conde, toma esta carta y llévala al castillo de *Irás y no volverás*.

—Su majestad, ¿yo de cartero real?

—Llévala, que más te conviene a ti que a mí.

El de Saldaña pensó sería un permiso que alguien tendría que firmar para casarse con la hermana del rey, así que cogió la carta, montó en su caballo y partió por el camino que le llevaba al castillo de *Irás y no volverás*. A las pocas leguas se le echó encima una niebla densa. Se paró y dijo:

—¡Viva Dios que barrunto me estoy metiendo en mi propia sepultura! Pero, ¿qué dirá el rey si vuelvo?, ¿que el conde de Saldaña acobarda? De eso nada. ¡Arre, caballo!

Sin mirar atrás, cuanto más cabalgaba más densa y oscura se volvía la niebla.

–Viva Dios que el conde de Saldaña no acobarda.

Por fin llegó al castillo. Golpeó la aldaba de la puerta y salió a recibirle el gran Carlomagno.

–¿Qué te trae por aquí, conde de Saldaña?

–Vengo a traerle una carta del rey. Si no le importa, voy a esperar a que usted la lea para saber cuál será mi destino.

Carlomagno la cogió, la abrió y la leyó sin decir ni una palabra. Lo que el rey había escrito era lo siguiente:

“Sacarle los ojos en vivo en vivo y aprisionarlo con cadenas para el resto de su vida”.

Entonces Carlomagno llamó a su gente a gritos:

–¡Cerrajeros, apalancad las puertas con trancas de hierro, que el conde de Saldaña no sale más de aquí!

El conde dio un salto atrás y desenvainó la espada:

–Dime, Carlomagno, ¿por quién vengo preso?

–Por mando de rey.

–¡Viva Dios que es por mando de rey  
que si por valentía fuera  
piedra por piedra  
el castillo deshiciera  
con la punta de mi espada  
y fuera de él me saliera!

Partió la espada en dos y la tiró. Lo amarraron a un sillón, le sacaron los ojos, lo ataron con cadenas y lo metieron a una mazmorra. Atado de pies y manos, una gota del techo le caía en la cabeza. Así hasta el resto de sus días. El rey metió a su hermana doña Jimena en un convento de religiosas.

A Bernardo lo crió su tío, el propio rey. Y según crecía venía muy adelantado, sobre todo en fuerza. Con seis años parecía que tenía doce. Cuando jugaba con sus amigos a la guerra siempre había alguno que salía mal parado: con una espadita de madera, un día le rompía un brazo a uno, a otro una pierna. Los padres de los niños iban donde el rey:

–Majestad, a ver cómo arreglamos esto, que su sobrino Bernardo le ha partido el brazo a mi hijo.

–Nada podemos hacer porque son niños. Toma tanto dinero, para que te apañes con tu hijo.

Antes de cumplir dieciocho años, Bernardo se había batido con hombres curtidos y había vencido a todos. El rey no sabía qué hacer con él. Bernardo tenía un tutor, nombrado por el rey, llamado Monzón, que guiaba y seguía de cerca su crianza. Un día el rey le dijo al tutor:

–Monzón, llévate a Bernardo al monte y prueba las fuerzas que tiene, porque parece que no tiene límites para lo joven que es. Todo el mundo lo teme y no sabemos de dónde le puede venir ese vigor. Llévatelo de caza y lo dejas solo en el monte. Si se lo comen las fieras da igual, ya no me dará más problemas. Si sobrevive, ya pensaré qué hacer con él.

Monzón y Bernardo se fueron al monte. Se pusieron a almorzar al lado de una fuente. Monzón agarraba a Bernardo y le apretaba del brazo. Éste se dio cuenta de las intenciones y le dijo:

–¡Ah, Monzón! No finjas, ya sé que el rey te ha dicho que pruebes mis fuerzas. Es inútil que me aprietes, nunca me harás daño. Solo Dios sabe hasta dónde puede llegar mi fuerza y mi vigor.

Entonces Monzón, molesto por esta respuesta tan atrevida para un adolescente, le dijo:

–¡Si tú no eres más que un mocosito! ¿Hasta dónde crees que pueden llegar tu fuerza y tu rigor?

Bernardo agarró al tutor del correaje y lo levantó en el aire:

–Ya puedes dar gracias a Dios que no reconozco por padre a otro que a ti, que si no, en esa roca te estampaba los sesos.

Fueron adentrándose en el bosque y les salían las fieras. Bernardo peleó con un oso y éste tuvo que huir. A un tigre con un cuchillo lo rajó en dos. A un ciervo le cortó la cabeza. Monzón no podía dar crédito a lo que veía.

Bernardito, Bernardito  
que por las montañas venías  
a los osos sujetabas  
y a los tigres vencías  
al ciervo del monte,  
superando su ligereza,  
le echaste mano a la pata  
y le cortaste la cabeza.

–¡Bernardo! –le dijo Monzón–.

–¿Qué?

—Está claro. Tú sin espada no puedes estar. Ve a buscar al conde de Honrubia y dile que te ciña la espuela. Ve con tu tío el rey y pídele que te ponga la espada para ser caballero de la mesa redonda.

El honor de ser caballero de mesa redonda solo podía corresponder a hombres por cuyas venas corriese sangre real. Bernardo, aunque no sabía quienes eran sus padres, comprendió que era de alto linaje. Llegó ante el conde Honrubia y le dijo:

—Conde, vas a ceñirme la espuela y después voy a ir donde mi tío a que me ciña la espada y voy a hacer juramento de caballero de mesa redonda.

—¡Tú!, ¡un bastardo y mal nacido!, ¿quieres ser mozo de mesa redonda? Ni lo sueñes. Cuando menos, yo no voy a ceñirte la espuela.

El rey, que ya se había enterado de la fuerza de Bernardo, se acercó donde estaban el conde y su sobrino.

—Tío, el conde de Honrubia no quiere ceñirme la espuela y me ha llamado mal nacido.

El rey le dijo a Honrubia:

—Bernardo no es un mal nacido, es de gran sanguinidad y al conde de Honrubia no lo necesita para nada. Te ordeno que le ciñas la espuela, pues yo le voy a ceñir la espada y lo voy a nombrar mozo de mesa redonda.

Y así lo nombraron caballero.

En las tierras del sur había un moro llamado Izagal que, enterado que el rey tenía una hermana soltera, se acercó al palacio para hablar con él y pedirle la mano de doña Jimena. El rey no podía acceder a ello porque su hermana no era virgen y no sabía qué contestarle, hasta que, por fin, decidió mandar a su sobrino Bernardo a espantar al moro. Izagal había ganado siete batallas, todos los caballeros de la mesa redonda le temían y al rey no le importaba que Bernardo muriese peleando con el moro.

—Bernardo. Sal y dale al moro la respuesta que merece.

Montó Bernardo en su caballo y llegó a la guarnición donde estaba el moro. Lo agarró del correa y lo alzó en el aire:

—Izagal, vas a ir al perro de tu rey y le vas a decir que ni tu sangre ni la suya igualan con la nuestra.

Lo soltó y lo dejó caer al suelo. Izagal le contestó:

—¡Ah, Bernardo, no sabes lo que te espera si al Carpio vienes!

—¡Izagal, te juro que al Carpio iré!

Volvió donde su tío y éste comprobó, una vez más, el poderío de Bernardo. ¿Qué voy a hacer con él? —se preguntaba—. Un día se decidió: lo nombraría heredero de sus bienes pero no de su reinado. Lo mandó llamar:

—Bernardo. Ahora que estamos a bien tú y yo, voy a hablarte de tu futuro y del futuro de mi reino. Te voy a nombrar heredero de todo lo que tengo, pero quiero que sepas que tu primo Bermúdez va a ser mi sucesor, el heredero del cetro y la corona.

Entonces Bernardo le torció la palabra al rey:

—Usted no debería preocuparse por esas cosas. Cuando usted muera, el que más manos tenga se pondrá la corona, porque sobrino por sobrino, ¿quién es antes que yo?

El rey, muy ofendido, no pudo evitar el insulto:

—¡Borde, bastardo y mal nacido! Aun habiéndote criado no puedo quererte bien.

—¡Así que el otro día Bernardo era de gran sanguinidad y hoy soy un borde, un bastardo y un mal nacido! Bastardo me llama el rey,

Pues, ¡viva Dios que Bernardo  
padre y madre ha de tener  
que hijo de una montaña  
eso no puede ser!

Bernardo llamó a su tutor, ahora como su escudero particular:

—¡Monzón, apareja tu caballo y el mío que nos vamos al Carpio!

Bernardo, furioso, fue a las cuadras del rey y, salvo los dos caballos que iban a montar, mató al resto, rabioso como estaba de no poder matar a su tío. Se montaron y se fueron al Carpio. Cuando llegaron, le dijo Bernardo a Monzón:

—Monzón, entra en la taberna que allí estará Izagal. Dile que ha venido desterrado de las tierras de Granada un guerrero que quiere medirse las fuerzas con él. No le digas que soy Bernardo, que si no, no sale.

Monzón entró en la taberna, Izagal estaba jugando a las cartas, y le llamó:

—¿Izagal?

—¿Qué ocurre para venir a molestarme a estas horas?

—Allá afuera hay un guerrero desterrado de las tierras de Granada que viene a medirse las fuerzas con usted.

—Pues dile que ahora mismo salgo.

Salió montado en el caballo y se encontró con Bernardo. Al verlo, le entró gran cólera y le dijo:

—¡Ah, Bernardo, vete de aquí a gozar de tus tiernos años!

—Antes de que me vaya tienes que luchar conmigo porque si he venido hasta el Carpio ha sido para llevarme tu cabeza atada a la cola de mi caballo.

Desenvainaron las espadas y con un par de mandobles le cortó la cabeza al moro. Entonces llamó a Monzón:

–Monzón, ata esa cabeza a la cola de tu caballo y arrea por todo El Carpio diciendo: Muera esta perra canalla y viva el nombre de mi rey Alfonso el Casto de León.

–¡Pero cómo voy a hacer eso!

Monzón tenía miedo, Bernardo lo notó y le dijo:

–Ven aquí Monzón  
tira y no tengas miedo  
que detrás tuya  
llevas a un león fiero.

Así lo hizo, ató la cabeza de Izagal a la cola del caballo y se fue por delante gritando aquello de “Muera esta perra canalla y viva el nombre de mi rey Alfonso el Casto”. Monzón se iba envalentonando y, al ver que los moros acobardaban, decía:

–¡Hemos conquistado El Carpio!

Bernardo iba detrás suya cortando cabezas a diestro y siniestro, dejando un reguero sangre. Cuando le pareció bastante, llamó a una docena de músicos moros y les dijo:

–Ahora os vais a venir conmigo hasta el palacio del rey Alfonso.

Al faltar una legua para llegar al palacio les mandó tocar. El rey y el conde estaban cazando cerca de allí y oyeron la música.

–¿No oye mi rey música mora? –le preguntó Honrubia al rey–.

–Sí que la siento. ¿Será Bernardo que se ha vuelto moro y viene a declararnos la guerra?

–Si es su sobrino, majestad, quiero que sepa que yo nunca lo quise mal.

Y dijo el rey:

–¡Ah, pues yo tampoco! Por si acaso, regresemos a palacio.

Cuando llegó, su tío le preguntó:

–¿Qué ocurre, Bernardo?

–Aquí le entrego, majestad, los siete estandartes que el moro Izagal tenía ganados a los cristianos, pues lo he derrotado en El Carpio, y para que usted mismo lo compruebe, aquí le traigo su cabeza. Espero haber saldado la cuenta de los caballos que le maté antes de marcharme.

–Muy bien, Bernardo. Por todos tus méritos te nombro señor del Carpio, desde hoy serás llamado Bernardo del Carpio.

Pero a Bernardo no le bastó con eso:

—Majestad, más que ese honor lo que quiero es saber quiénes son mis padres.

Pero el rey se negó. Desairado de nuevo por Bernardo, mandó echar un bando diciendo que quien le contase a Bernardo dónde estaban sus padres, lo mataba y lo colgaba en la almena más alta de palacio.

Pero, tras oír el bando, una de las criadas que le había asistido en el parto no podía conciliar el sueño pensando que ese valiente de Bernardo se derrumbaba cada vez que alguien le recordaba su condición de bastardo.

—Se lo he de decir —no paraba de pensar—, pero si se entera el rey me corta la cabeza.

No se le ocurrió nada mejor que meterle una nota anónima por debajo de la puerta de su habitación. Cuando Bernardo se levantó y fue a calzarse las botas se encontró con la nota:

—Bernardo, lo que más quieres y deseas de este mundo lo tienes en el castillo de *Irás y no volverás*.

—Yo lo que más deseo en este mundo es saber quiénes son mis padres.

Montó en el caballo y fue al castillo tras la pista de su padre. Carlomagno lo vio venir, se asomó por una ventana y gritó:

—¡Cerrajeros y palanqueros, marchaos del castillo! Tal como viene, ese es Bernardo del Carpio, se habrá enterado que tenemos aquí a su padre y vendrá a por él. Quien se quede morirá por sus manos.

Bernardo llamaba a la puerta y allá no contestaba nadie, así que le pegó una patada y, de un golpe, la tiró. Desenvainó la espada y recorrió todo el castillo, desde la almena más alta hasta la bodega más honda. Miraba en salas y rellanos y allí no había nadie. Perdida toda esperanza, en un descansillo lleno de telarañas, quiso ver el marco de una puerta.

—Eso parece ser una puerta.

Bernardo le dio una patada. Al sentir el golpe, el conde de Saldaña, que estaba dentro, se dio la vuelta y, con el giro, las cadenas hicieron ruido. Bernardo entró, apartó un montón de huesos y calaveras y, no fuera aquello un difunto, puso la espada por delante. Si el de los ruidos de cadenas era un fantasma, todo el mal se quedaría en el filo. Y dijo:

—¡Asombro, mala visión o mal fantasma!  
si eres ser del otro mundo  
habla con la punta de mi espada.

Entonces, el conde de Saldaña intuyó que era su hijo y le dijo:

—Cuando entré en estas prisiones

apenas tenía barba  
y ahora por mis pecados  
la tengo crecida y cana.  
Solo tengo un Bernardito  
que me cuentan sus hazañas  
si para mí no las tienes  
dime para quién las guardas.

Bernardo le acercó un hueso. Su padre lo cogió y lo deshizo. Bernardo comprobó que se trataba de un hombre tan fuerte como le habían contado:

–Padre, si usted rompe los huesos con la mano, yo rompo grillos y cadenas.

Bernardo los rompió igual que un chiquillo rompe el papel. Se abrazaron. El conde de Saldaña, ciego, no paraba de tocarle con las manos, le palpaba la cara, los brazos, el pecho.

–No hace falta que me toque, padre, porque soy su mismo retrato.

En el poco tiempo que estuvieron juntos, su padre le contó que quien les había traicionado había sido el conde de Honrubia.

–¡Padre! –le dijo Bernardo–, ahora mismo volvemos y nos vengamos.

–No, hijo. Yo entré en estas prisiones por mando de rey y solo saldré por mando de rey.

–Con nuestra fuerza, ¿qué falta nos hace a nosotros el rey?

–No, Bernardo. Este es el único favor que te pido.

–Concedido lo tiene, padre.

Bernardo regresó al palacio y, sin bajarse de la montura, llamó a su tío:

–¡Tío!

Salió el rey y le respondió:

–¡Bernardo!

–Ya he encontrado a mi padre, solo necesito que usted me permita liberarlo y traerlo conmigo.

–¡Por qué iba a negártelo si te lo has ganado a pulso!

Entonces regresó de nuevo al castillo de *Irás y no volverás*, con tan mala suerte que para cuando llegó, su padre había muerto. Pese a todo, lo cogió y se lo llevó, pero no al palacio del rey sino a una iglesia.

Su padre también le había confesado que su madre estaba encerrada en un convento de religiosas. Así que una vez que dejó el cuerpo del Conde de Saldaña en la iglesia, fue al convento, sacó a su madre y la llevó a la iglesia. Avisó al rey, a toda su familia y séquito para que a las doce en punto estuvieran todos allí.

En la iglesia colocó un par de sillas. En una se sentó su madre, en la otra dejó el cadáver de su padre para que el cura los casara *in articulo mortis*.

Bernardo se metió debajo de las faldas de su madre. El cura decía:

–Doña Jimena, ¿quiere usted por esposo al conde de Saldaña?

–Sí quiero.

–Conde de Saldaña, ¿quiere usted por esposa a la infanta doña Jimena?

Monzón movía la cabeza del difunto de arriba a abajo haciendo el gesto afirmativo. Entonces Bernardo salió debajo de las sayas de su madre y se encaró con el rey:

–Tío, ¿se me ha quitado la mancha de bastardo y mal nacido?

–Sí, Bernardo.

El conde de Honrubia, pese a todo el tiempo transcurrido, seguía mirando a doña Jimena con ojos apasionados. Bernardo se dio cuenta de ello y dijo:

–Mira el conde de Honrubia  
qué atento la está mirando  
le voy a cortar la cabeza  
que el aire la lleve en bajo  
por traidor y canalla  
que mira y calla.

Le metió un espadazo al conde y le cortó la cabeza. Entonces el rey empezó a acobardarse y le dijo a Bernardo:

–Sobrino, ¿tan de veras lo has tomado?

–A de burlas me lo tomo,  
si me lo tomo a de veras  
no queda silla en palacio  
ni en vuestros hombros cabeza.

Con la espada desenfundada, al instante le cortó la cabeza a su tío. Bernardo se quedó como dueño y señor de aquel reinado y se estableció con su madre en el palacio del rey.

Todos le temían, solo Carlomagno y los Doce Pares de Francia cuestionaban su autoridad. Un día se decidieron ir a pelear, por ver si entre los doce podían con él. Llamaron a la puerta del palacio y, como Bernardo estaba de cacería, salió a recibirlos su madre.

–¿Dónde está Bernardo?

–Hoy vuelve de caza.

Carlomagno le dijo:

–Ya puede ir preparando su equipaje porque este palacio va a cambiar hoy de dueño.

Y les dijo a sus hombres:

–Vamos a quemar todas las sillas, vamos a dejar solo trece, las justas para nosotros.

Pero había un sillón que entre todos no podían levantarlo. Entonces dijo Carlomagno:

–Este sillón que no podemos con él se lo vamos a dejar a Bernardo. Le diremos que se lo acerque a la mesa donde nosotros estemos. Si puede con el sillón, mejor es que no peleemos con él.

Convencidos que no iba a poder moverlo, todos quedaron de acuerdo. Cuando llegó Bernardo encontró a su madre llorando.

–¿Qué le ocurre a doña Jimena? ¡Cómo puede llorar mi madre viviendo libre después de haber estado recluida en un convento!

–¡Ay, Bernardo, han venido Carlomagno y sus hombres a pelear contigo y a sacarnos de aquí!

–¡Qué!

–Te están aguardando allá arriba.

Bernardo subió, Carlomagno le abrió la puerta de la sala y, al ver los brazos de este hombretón, se buscó una excusa para no luchar con él.

–Pues sí, Bernardo, habíamos venido a pelear contigo, pero no podemos hacerlo con un hombre al que no se le mantiene el peine en la barba, porque tú no tienes barba.

–Un momento, Carlomagno.

Bernardo echó mano a un peine de marfil que llevaba en el bolsillo, lo cogió y se lo clavó entre el cutis y la piel. Miró a Carlomagno y le dijo:

–Dime, Carlomagno, ¿se me tiene o se me cae?

–Se te tiene, Bernardo. Entra a comer con nosotros y después de los postres peharemos.

Pasaron al salón. En medio del salón había una mesa en la que acostumbraban a comer los caballeros tras sus cacerías. Carlomagno le dijo:

–Mira Bernardo, hemos quemado las sillas que nos sobraban y no guardamos ninguna para ti, a no ser que quieras acercarte el sillón del rey.

Bernardo se dio cuenta de las intención de Carlomagno. Cogió el sillón con la mano izquierda, lo levantó de una pata, lo puso en el aire y dijo:

–Dime, Carlomagno, ¿dónde quieres que lo deje?, ¿aquí, aquí, aquí o aquí?  
–mientras esto decía movía el sillón por los cuatro lados de la mesa como si tuviera en sus manos una pluma–.

–Donde tú quieras, Bernardo –le respondió Carlomagno–.

Dejó caer el sillón de un golpe y las cuatro patas se quedaron clavadas dos palmos por debajo del suelo. Al terminar de comer, Bernardo se levantó de la mesa, salió del palacio y los fue llamando:

–¡Venir todos a pelear conmigo, de uno en uno o juntos, me da lo mismo!

Carlomagno y los Doce Pares bajaron y desenvainaron la espada, sí, pero la punta dirigida hacia ellos. El mango se lo ofrecían a Bernardo, en un claro gesto de rendición.

–Nos rendimos. Si peleamos contigo tenemos la muerte segura.

Bernardo estaba furioso, hambriento de pelea, pero como un caballero no podía luchar contra otros que se habían rendido ante él, se fue corriendo por un camino dando gritos y desafiando al Creador:

–¡Si Dios que nació en Belén  
de contra de mí se pusiera  
lo matara o lo venciera!

No tardó en dar tres pasos cuando vio aparecer a un anciano de largas barbas y canas que le dijo:

–Bernardo, ¿no te atreverás a repetir las palabras que acabas de pronunciar?

–¡Claro que soy capaz!

–¿Qué palabras eran esas?

–Si Dios que nació en Belén  
de contra de mí se pusiera  
lo matara o lo venciera.

Entonces, el viejo, que no era sino Dios en forma humana, le contestó:

–Yo que he sido quien te ha dado la fuerza y el vigor para que administrases justicia, para que te vengaras de la prisión de tu padre y de la reclusión de tu madre. Yo, que te he dado la fuerza para hacerte con un reino. Ahora que lo tenías todo, vienes y te rebelas contra mí. Pues si quieres pelea, pelea vas a tener. ¡Lucha, Bernardo!

El anciano abrió el puño y salió una banda de mosquitos. Unos enemigos con los que antes no había luchado, pequeños insectos contra los que apenas servía de nada la fuerza de Bernardo. Los mosquitos se lo comían a picotazos. Muerto de

sed, desenvainó la espada y la tiró contra una roca; al clavarse, brotó una fuente y dijo Bernardo:

–Cuando Dios quería  
agua había.

Se arrodilló y bebió agua. Esto pasó en los llanos de Calahorra. Dios lo dejó encantado en una cueva, condenado a penar su soberbia durante siglos hasta que España se pierda y tenga que regresar al mundo de los vivos para salvarla de nuevo.

La cueva era muy larga. Todos los días, un vaquero sacaba sus vacas a pastar por los llanos de Calahorra. Entre ellas había una muy débil y flaca. Su dueño solo esperaba que muriese en cualquier momento, pero llegó un día que se metió en la cueva de Bernardo y salió más airosa que de costumbre. Estuvo quince días entrando y saliendo a la cueva y cada día estaba más gorda.

–¿Que tendrá esa cueva para que la pobre vaca que estaba seca ahora esté tan lustrosa? –se preguntaba el pastor–.

Tanto le picó la curiosidad que al día siguiente entró con la vaca hasta el fondo de la cueva. Agarrado a la cola del animal llegó al final, donde pudo ver a Bernardo, una especie de figura maltrecha con unas barbas que le llegaban hasta el suelo.

–Buenos días, pastor –le dijo Bernardo–.

–Buenos días, señor. Ya me dirá qué misterio tiene esta cueva y por qué mi vaca está tan lucida después de quince días de entrar aquí.

–Mira, yo soy Bernardo del Carpio, el héroe de tiempos pasados, que estoy encantado desde hace siglos, y tú eres el primer humano que ha llegado hasta aquí.

Bernardo guardaba un estandarte, se lo enseñó al vaquero y le dijo:

–Levanta este estandarte.

Al ponerlo de pie, como le indicó Bernardo, empezó a sonar música mora, caballos que cabalgaban, la alegría lo inundaba todo.

–Ahora déjalo en el suelo –le exhortó Bernardo–.

Una vez que lo apoyó en el suelo, la cueva se llenó de silencio.

Entonces le dijo Bernardo:

–En este estandarte va mi encantamiento.

Bernardo cogió una piedra, la apretaba y se deshacía, hecha arena en sus manos.

El pastor se quedó maravillado y le dijo:

–Dime cómo puedo desencantarte.

–Escucha bien lo que voy a decirte. El día San Juan, justo cuando raya el primer sol de la mañana, entrará un rayo por la puerta de la cueva y llegará hasta aquí.

Solo ocurre ese día. Si ese rayo ilumina el estandarte, entonces me desencantas. Pero ten en cuenta que vas escuchar las músicas moras y los caballos corriendo que acabas de oír, y vas a volver a sentir la misma alegría. Si en ese instante miras atrás, buscando de donde viene esa música y esperando ver los caballos, me encantas para otro tanto tiempo. Acuérdate que no debes volver la vista atrás. ¿Lo harás?

–Juro por mi nombre que levantaré el estandarte y no volveré la cara.

–Dame la mano –Bernardo se la ofreció para sellar el pacto–.

El pastor había visto la fuerza de Bernardo y temía que el apretón de manos le estrujaría la mano como había hecho con la piedra.

–No, no te la doy –le dijo–, pero te doy mi palabra de honor que el día de San Juan por la mañana estaré aquí.

Llegó la mañana de San Juan y el pastor entró en la cueva. Agarró el estandarte con la mano y cuando vio que un fino rayo de sol entraba por la cueva, lo levantó y el estandarte quedó iluminado. Echó a correr para salir de la cueva.

De repente sintió tras de él el son de las músicas moras, el galope de cientos de caballos, una alegría que le embargaba. Atraído por una fuerza irresistible, no pudo evitar volver la cara para ver la maravilla que le perseguía. No le faltaban ni cuatro pasos para salir de la cueva, justo en ese momento el estandarte se le escapó de las manos, el silencio se apoderó de la cueva, solo una lejana voz, que parecía salir de las entrañas de la tierra, le recriminó:

–¡Ah, pastor! Me has dejado encantado para otro tanto tiempo. ¡Sed canina y hambre rabiosa te dé Dios!

Cuando el pastor salió de la cueva comenzó a sentir sed y hambre. Bajaba al río, bebía agua a ambuestas y no se le apagaba la sed. Una hora, dos horas, tres horas bebiendo como si nada. Aunque hubiera secado el río no se habría saciado. Mataba una vaca, se la comía entera y seguía teniendo hambre. Así que a los pocos días murió.

Y colorín colorado

esta historia se ha acabado.

### **Personas que han participado en la elaboración de este relato**

- Fabián Amador Jiménez (70 años), natural de Allo (Navarra), con antepasados en Zaragoza y La Granadella (Lérida). Colectores: Javier Asensio García y Helena Ortiz Viana en Estella (Navarra) el 31 de mayo de 2006.

- Adolfo Jiménez Amador *Astuto* (45 años), natural de Estella (Navarra), con antepasados en La Rioja, Pamplona y Zaragoza. Colector: Javier Asensio García el 21 de abril del 2006.
- Ángel Amador Jiménez *Moreno* (60 años), natural de Estella (Navarra), con antepasados en Híjar, La Puebla de Híjar (Teruel) y Murcia. Colector: Javier Asensio García el 12 de junio de 2010.
- Saturnino Jiménez Jiménez *El Chino* (73 años), natural de Calahorra, con antepasados en otros pueblos de La Rioja como Matute y Albelda de Iregua. Colector: Javier Asensio García, en Logroño el 2 de noviembre de 2006.
- Emilio Hernández Jiménez *Quico* (67 años), natural de León, con antepasados en esa provincia y en Cantabria. Colector: Javier Asensio García, en Calahorra (La Rioja) el 29 de agosto de 2009.
- Elvira Jiménez Jiménez (71 años), natural de Logroño. Colector: Su hijo Miguel Jiménez Jiménez el 16 de mayo de 2007.
- Isidro Jiménez Gabarri (54 años), natural de Nájera (La Rioja). Colector: Javier Asensio García, en Logroño el 10 de diciembre de 2006.
- Hipólito Gabarre Jiménez (77 años), natural de Tardajos (Burgos), con antepasados en la misma provincia y otras de Castilla La Vieja. Colector: Javier Asensio García, en Burgos el 25 de octubre de 2009.

## Bibliografía

- AMADOR JIMÉNEZ, Fabián. *Cuentos maravillosos de un gitanico navarro*. Recopilados por Javier Asensio García y Helena Ortiz Viana. Pamplona: Pamiela; Logroño: Piedra de Rayo, 2008. ISBN 978-84-7681-551-9.
- LOPE DE VEGA, Félix. *Casamiento en la muerte*. Madrid: Atlas, 1966. Obras de Lope de Vega. – *Las mocedades de Bernardo del Carpio*. Madrid: Atlas, 1966. Obras de Lope de Vega.
- LÓPEZ DE MENESES, Amada. La inmigración gitana en España en el siglo XV. En *Martínez Ferrando, Archivero: miscelánea de estudios dedicados a su memoria*. Barcelona: Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos, 1968, p. 239-263. – Noves dades sobre la inmigració gitana a Espanya al segle XV. En: *Estudis d'història medieval*, 1971, v. 4, p. 145-149.
- MENDEZ LOPEZ, Carmen. La presencia de la iglesia católica en la historia de los gitanos. En *Congreso virtual "La escolarización del alumnado gitano en los países de la Unión Europea: mitos, realidades y retos"* <<http://www.disacnetsolutions.net/cdd/congreso/docs/cm01.pdf>> [consulta, 20 sep. 2010]

- PEREZ CARAZO, Pedro. *Santa María de Herce y su abadengo en la edad media*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos: Universidad de La Rioja, 2008. ISBN 978-84-96637-47-4.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón y GOYRI, María. *Romancero tradicional de las lenguas hispánicas*. Romanceros del Rey Rodrigo y de Bernardo del Carpio. Madrid: Gredos, 1957, v. 1. ISBN 84-249-3430-X.
- SÁNCHEZ ORTEGA, María Helena (ed.). *Documentación selecta sobre la situación de los gitanos españoles en el siglo XVIII*. Madrid: Editora Nacional, 1976. ISBN 84-276-0366-5
- Los gitanos españoles desde su salida de la India hasta los primeros conflictos en la península. En: *Espacio, tiempo y forma. Serie IV, Historia moderna*, 1994, v. 7, p. 319-354. ISSN 1131-768X
  - *Los gitanos españoles*. Madrid: Castellote, 1977. ISBN 84-7259-092-5
- SUÁREZ ÁVILA, Luis. Bernardo del Carpio y los gitanos bajoandaluces. En *Actas del Col·loqui sobre cançó tradicional: Reus, setembre 1990*. Barcelona: Publicacions de L'Abadía de Monserrat., 1994, p. 225-267.
- De Bernardo del Carpio a los gitanos bajoandaluces. En *Ínsula*, marzo 1994, n. 567, p. 18-20.
  - El romancero de los gitanos bajo andaluces, germen del cante flamenco. En: COLOQUIO INTERNACIONAL DEL ROMANCERO (4º. 1987. Puerto de Santa María). *El romancero: tradición y pervivencia a fines del siglo XX*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1989, p. 563–616.
  - El romancero de los gitanos bajoandaluces: del romancero a las tonás. En *Dos siglos de flamenco: actas de la conferencia internacional*. Jerez: Fundación Andaluza de Flamenco, 1989, p. 29-129



Fabián Amador Jiménez (Allo, Navarra, 1936-2006), uno de los informantes que ha participado en la elaboración de este relato y uno de los mejores cuentistas gitanos.

